

**EL ASOCIATIVISMO COMPARADO: BUENOS AIRES Y CORDOBA EN LA ETAPA DE LA  
EXPLOSION ASOCIATIVA (1850-1890)**

**2**

BIBLIOGRAFÍA CITADA

12

## EL ASOCIATIVISMO COMPARADO: BUENOS AIRES Y CORDOBA EN LA ETAPA DE LA EXPLOSION ASOCIATIVA (1850-1890)

PABLO VAGLIENTE\*

Esta ponencia es un intento de iniciar un ensayo comparativo que –en el marco de los objetivos de las Jornadas- ya debiera ser un tipo de análisis más común que excepcional, pero por varias razones no es posible alcanzar aún ese estado de situación, al menos en la Argentina. En primer lugar, porque en el tema que nos ocupa, el capital asociativo de una sociedad, carecemos de suficientes análisis empíricos como para ofrecer una imagen más precisa y segura de lo que queremos comparar. En segundo lugar, hay cierto desinterés en la tarea comparativa, como si aquello que para Marc Bloch era una tarea esencial para la historia como disciplina científica, ocupara un lugar subordinado y hubiera escepticismo académico sobre su utilidad. En tercer lugar, cabe recordar que en una producción historiográfica sobredeterminada por las investigaciones en un solo marco territorial, el afán por elaborar una historia realmente nacional en sus alcances –lo que nos lleva inevitablemente al método comparativo como una herramienta más que valiosa- no puede ser excesivamente apreciado.<sup>1</sup>

Como he señalado recién, comparar el capital social, el poder social o el capital asociativo de las dos ciudades más importantes de la Argentina en esa segunda mitad del siglo XIX, Buenos Aires y Córdoba, se topa con el problema objetivo de la todavía escasa cantidad de investigaciones que plantean el tema, demasiado reciente en el interés disciplinario. Por lo pronto, voy a utilizar mis investigaciones sobre historia asociativa en Córdoba (Vagliente 2005)<sup>2</sup> y dos textos que ofrecen una visión suficientemente abarcativa –aunque muy desiguales en su carácter- del asociativismo porteño. El primero es el libro de Pilar González Bernaldo, *Civilidad y política en los orígenes de la Nación Argentina. Las sociabilidades en Buenos Aires, 1829-1862*, desprendimiento de su tesis doctoral, y el otro es el análisis de Hilda Sabato, “1860 – 1920, Estado y Sociedad Civil”, dentro de una obra mayor, *De las cofradías a las organizaciones de la sociedad civil. Historia de la iniciativa asociativa en Argentina, 1776 - 1990*,<sup>3</sup> que es la primera visión de conjunto de la historia asociativa argentina, visión que descansa, insisto, en el caso

---

\* Instituto de Ciencias Sociales Universidad Nacional de Villa María, Córdoba

<sup>1</sup> Con las excepciones de rigor, por ejemplo, el trabajo de Paula Alonso (2001).

<sup>2</sup> Actualmente realizo una investigación de doctorado sobre el asociativismo cordobés entre 1850 y 1930; parte del material empírico sirve de referencia para el análisis aquí presentado.

<sup>3</sup> El texto, editado por GADIS en 2002, cuenta con las colaboraciones de Roberto Di Stefano (período 1776-1860), Hilda Sabato (1860-1920), Luis Alberto Romero (1920-1976) y José Luis Moreno (1976-1990).

que mejor se conoce, el de Buenos Aires; no obstante, lo singular de esta panorámica es que, aún sin exhaustividad, se anima a realizar algunas comparaciones de casos entre la sociedad civil porteña y la de algunas ciudades del interior.

La ponencia se dedica al análisis asociativo en un ciclo histórico de mediana duración, los cuarenta años que van de 1850 a 1890. La razón es sencilla y de orden metodológico: se trata de un período común a las tres investigaciones citadas. Esto no garantiza sino apenas una mínima homogeneidad para la práctica comparativa, puesto que la diferencia de proporciones sociodemográficas entre las dos ciudades (cantidad de habitantes, incidencia de la inmigración ultramarina)<sup>4</sup>, que se refleja también en la densidad asociativa generada, propone un análisis cualitativo antes que cuantitativo.

Es evidente que la década de 1850 es netamente transicional, creo que en todos los planos, no sólo político, con la caída del régimen rosista, sino también en lo económico (pero aquí parece pesar más la imagen de la continuidad) y en lo sociocultural. En cambio, cuando se la analiza a la luz de la lupa asociativa, lo que se observa es en primer lugar un giro rotundo, una veloz irrupción de la vocación de asociarse libremente para conformar instituciones de muy diverso tipo. Es lo que ya ha quedado consensuado (González Bernaldo, Di Stéfano, Vagliente) como explosión o boom asociativo, tendencia que se acentuará desde la década de 1870 y no cesará en las siguientes. En segundo lugar, sí se observa otro tipo de transición, o, mejor, adecuación, como sucede con la cofradías que pierden peso frente a la preferencia por el club o asociación católica moderna, o con los gremios de oficios que van a transformarse en asociaciones de socorro mutuo y luego en sindicatos.

Se asiste entonces en esta segunda mitad del siglo a lo que Sábato ha caracterizado como “el proceso doble de construcción y consolidación del Estado, por una parte, y de la formación de una sociedad civil relativamente autónoma y cada día más vigorosa, por el otro”. Del primer proceso contamos con numerosos estudios e investigaciones; del segundo recién estamos empezando a conocerlo en detalle.

Tomando entonces en primer lugar esa década renovadora de 1850, quisiera presentar algunas de las principales características que González Bernaldo ha delineado para Buenos Aires, para luego realizar comentarios comparativos con lo que considero sucedió en Córdoba.

1. Algo común que encontramos es que se van imponiendo las tendencias de secularización, tanto entre las sociabilidades urbanas como en las prácticas asociativas. La iglesia católica pierde el monopolio

---

<sup>4</sup> La ciudad de Córdoba, recuerda Sábato, “era mucho más pequeña: no llegaba a 35mil habitantes en 1869, trepando a 65mil en 1890. La masa inmigratoria, por su parte, era muchísimo menor que en Buenos Aires o Rosario, aunque pasó del 2 al 11% entre ambas fechas, entre los cuales un 45% eran de origen italiano.” Una diferencia esencial está dada también por el contenido de la dinámica económica en el período, que para los sectores dominantes de Buenos Aires estará dada por el comercio agroexportador vinculado a la expansión del ovino, en tanto que en Córdoba los mismos sectores siguen vinculados al comercio mediterráneo con una gradual conversión a actividades agroganaderas bovinas.

asociativo de la caridad y la filantropía, que pasa a ser campo de acción compartido, y luego dominado, por dirigentes criollos y extranjeros. Sin embargo, el grado en que avanzó la secularización en una y otra ciudad, o, el otro lado de la moneda, el grado en que se resistió a la pérdida de la influencia sociocultural católica, fueron bastante diferentes. Algunos trabajos intentan dar cuenta de esas características para Córdoba (Vidal, Vagliente, Pavoni).

La ciudad portuaria (en realidad su casco céntrico), tomada como soporte de la institucionalidad asociativa, permite una cierta sectorización, ya que en líneas generales, indica González Bernaldo, el sudeste del centro concentra los lugares de cultura y poder, el nordeste las actividades económicas ligadas al puerto y el comercio exterior, la bolsa y la banca, la periferia para los aficionados a la naturaleza, norte del centro los clubes de comerciantes –recreación y negocios- al oeste las asociaciones de ayuda mutua, al sudoeste las sociedades africanas. En Córdoba, en cambio, tal distribución espacial no tiene lugar. No sólo porque en 1850 son mínimas las asociaciones existentes –en general, las cofradías religiosas-, y no tienen una lógica barrial ni parroquial, ya que están adscriptas a algunas de las iglesias de las órdenes existentes en la ciudad; también porque aún cuando extendemos la mirada en el tiempo y miramos las docenas de entidades que encontramos hacia 1890, están dispersas en apenas un conjunto escaso de calles del pequeño centro urbano. En ese sentido, diría que no he podido encontrar un patrón de distribución en ese pequeño casco, que sólo a partir de 1870/80 empieza a abandonar la silueta colonial de tres siglos de asentamiento urbano (Boixadós 1997; Ansaldi 1991).<sup>5</sup>

3. En Buenos Aires se podría constatar ya en esta fecha que las características del perfil asociativo se complementan con los de una sociabilidad promovedora sobre todo de los lazos extra-familiares. Por lo tanto el espacio público se ve fortalecido mucho más por esta concurrencia o convergencia de ambos procesos. En cambio, el espacio ciudadano cordobés con mucha mayor lentitud va abandonando el reducto familiar, en donde es reina la tertulia como forma de sociabilidad de las elites, y a medida que va confiando más en el sentido sociopolítico de las nuevas instituciones otorgadoras de capital simbólico, conservará en el espacio rural/estival la tradicional convocatoria familiar (en cuyo extremo encontraremos la figura de la estancia oligárquica, como “La Paz”, de los Roca, en Jesús María).<sup>6</sup>

4. Es por la supervivencia de este contexto aún tradicionalmente enmarcado en la esfera doméstica privada, y en donde la iglesia católica mantiene un clarísimo dominio de los resortes de la dominación

---

<sup>5</sup> En realidad en la década de 1870 se abren nuevos asentamientos cercanos a la ciudad, como Pueblo General Paz o San Vicente. Lllamarlos pueblos o colonias indica con claridad que tenían un estatuto de asentamiento suburbanizado. Pasarán muchos años hasta que sean considerados formalmente barrios de la ciudad.

<sup>6</sup> Resulta interesante acotar que para la investigadora, Buenos Aires se diferencia en este punto de otra capital latinoamericana, Santiago de Chile, lo que invita a dejar planteada la posibilidad de una comparación futura entre Córdoba y Santiago.

sociocultural, que en Córdoba las nuevas formas de asociativismo caritativo y filantrópico terminan reproduciendo ese “matrimonio”, y por lo tanto las sociedades de beneficencia tendrán un indudable sesgo religioso y femenino, a partir del protagonismo, primero, de las matronas, y luego, de las “niñas” o “señoritas”. Es la solución que proponía, nos recuerdan Halperín (1985) y González Bernaldo, el conservador Félix Frías. En cambio, la cosmopolita Buenos Aires dará lugar a un asociacionismo más determinado, no sólo en el campo filantrópico, por un “espíritu independiente y liberal”.

5. Las logias masónicas aparecen mucho antes en la que será la capital argentina que en la que es el nudo comunicacional del interior. Pero además son cuantitativamente mayores; en Córdoba recién la primera se funda en 1864, la *Logia Piedad y Unión N° 34*, y tenemos muy pocos datos de la segunda logia de la ciudad, la logia *Cruz del Sur*, que fundara hacia 1877 el famoso director del Observatorio Astronómico, el científico norteamericano B. Gould (Morra 1975). Por lo tanto, hacia 1850 no hay masonería cordobesa. Otra diferencia importante que la comparación con el análisis de González Bernaldo nos permite, es que la masonería de Buenos Aires “se desarrolla primero entre los artesanos extranjeros para implantarse luego dentro de las elites locales”, contrariando el modelo masónico europeo. Pero los datos que tenemos para la ciudad mediterránea indicarían que aquí tampoco se implanta una afiliación masónica tan marcada entre artesanos u obreros. Los apellidos, muchos de ellos extranjeros, que desfilan en el estudio de Morra, nos hablan de miembros de la élite socioeconómica y política local.

6. Un último punto de suma importancia para comparar en este momento crítico de los años ‘50, se relaciona con la orientación general del movimiento asociativo en uno y otro lugar. En la última parte de su libro, González Bernaldo desarrolla con fuerza la hipótesis del “dispositivo identitario”:

...del conjunto de asociaciones se destacan, por su cantidad e importancia, las que ponen en primer plano la nación como fundamento y objetivo de la relación (251).

La red asociativa ... [es] una herramienta invaluable para la creación de una estructura política nacional. (305)

Esta hipótesis resulta muy importante, a la luz de la historia “exitosa” posterior de ese intento porteño. González Bernaldo resulta así la primera investigadora en proponer una relación directa entre asociativismo y construcción de la nación (ya que ésta descansaba, en la interpretación canónica, en el aporte de las elites provincianas que habían consumado el pacto oligárquico) (Ansaldi 1993). Ahora, lo que se observa al compararla con Córdoba es que ni en ese período bisagra ni en el siguiente vamos a encontrar en ésta un claro “asociativismo nacionalizador”; las referencias a la comunidad nacional son menos destacadas que las de otro tipo de tradición colectiva reivindicada. El concepto de comunidad con

el que me topo en los discursos y en las noticias es más claramente el de la comunidad cristiana, antes que el de la comunidad política. O en todo caso ésta fundida, con-fundida, en aquella pátina identitaria.

Veamos ahora, en esta segunda parte de la ponencia, la dinámica de ese tercio del siglo que aborda Hilda Sabato en el libro mencionado.

7. Para Sabato, se pueden distinguir dos etapas de la historia asociativa que arranca en 1860 y culmina en 1920: “la primera -de 1860 a 1890- es la de la afirmación de una sociedad civil y de construcción del Estado en una sociedad en rápida transformación en todos los planos; la segunda -de 1890 a 1920-, la de la consolidación y maduración de ambas instancias, en el seno de una sociedad ya marcadamente burguesa”. El criterio de delimitación de cada etapa resulta entonces el de la modernización burguesa, soporte de otras dimensiones, como la que estaría dada por la aceptación y legitimación del modo asociativo de ocupar la esfera pública. Sin embargo, pareciera quedar subsumida la problemática específicamente política que, a mi entender, y guiándome aquí por el caso de Córdoba, incide de manera directa en las olas de auge, indiferencia o bloqueo asociativo. Mientras todo el tiempo la sociedad de perfil colonial se va transformando hacia un modelo capitalista liberal y un gusto aburguesado, no todo el tiempo la tendencia asociativa es la misma, precisamente porque los intentos hegemónicos del liberalismo juarista, por ejemplo, determinaron, por acción o reacción, esfuerzos asociativos (políticos, religiosos, piadosos, socioculturales, recreativos) para dirimir también en esta instancia las diferencias políticas (pero los grupos antagonistas no tenían reparos a la hora de compartir las orientaciones socioeconómicas generales). Sí creo que puede hablarse de una división como la propuesta en función de lo que llamaría “el aprendizaje recíproco” en la relación entre el Estado y las asociaciones. Por ejemplo, en la década de 1890 va a aparecer por primera vez la discusión en Córdoba sobre la pertinencia de otorgar el Estado la personería jurídica a estas asociaciones civiles (se pasa de una posición negativa inicial a un reconocimiento a otra completamente opuesta, en la que el trámite es, en la medida que cumplan con condiciones previamente especificadas por el Código Civil, automático). La maduración podría ser entendida entonces ante todo como esta dimensión del aprendizaje acumulativo (cómo sortear las crisis iniciales de toda asociación, cómo dirigirse al Estado y qué recursos pedirle, cómo resolver conflictos internos sin fracturar la entidad, etcétera).

8. En esta construcción simultánea de múltiples estructuras (la de la Nación, la de la esfera pública, la de la sociedad civil moderna, la del capitalismo liberal, la del pacto oligárquico, la de una Iglesia Católica nacional...), los agentes en los grupos dominantes en el Estado provincial son muchas veces los mismos agentes que crean asociaciones. Lo que hace más difícil el dilucidar si éstas fueron promovidas “desde

arriba” o respondieron a un estímulo específico de la sociedad civil. ¿Qué quiere decir “sociedad civil” cuando el mismo agente opera en los dos o los tres planos, el del estado, el de la sociedad civil, el del mercado? La membresía múltiple es un fenómeno común a todas las sociedades. Pero lo llamativo aquí es este momento fundador, que “instituye institucionalidad”. Para Sábato, “aunque el Estado contribuyó de manera importante a ese movimiento, el ímpetu principal provenía de la sociedad misma”. En Córdoba, la primera asociación que se funda tras la caída del rosismo fue la *Sociedad de Beneficencia*, y fue una creación estatal –promovida en 1855 por el gobernador Alejo C. Guzmán. Sin embargo, su funcionamiento no permite pensarla como una entidad estatal; mientras se desempeña con mucha libertad a lo largo de casi todo el ejercicio anual, tiene por mucho tiempo la obligación de comunicar al gobierno y esperar la aprobación, de cada elección de su comisión directiva, y del ingreso de nuevas socias.<sup>7</sup>

Es verdad que el mecanismo descrito fue utilizado en pocas ocasiones más, dentro del período que abordo. En la década de 1880, por ejemplo, éste será el modo en que se dará a luz al centro deportivo-recreativo de la élite cordobesa que ha logrado perdurar en el tiempo, el *Jockey Club*. Pero también podrían considerarse como iniciativas estatales informales las prolijadas por la Universidad, como ocurrió con algunas asociaciones socioculturales, entre las que resalta la *Sociedad Deán Funes*, convertida posteriormente en uno de los principales apoyos hacia la esfera pública del aparato juarista, como modo de reclutamiento de jóvenes talentosos que se iniciaron en la deliberación pública desde esa plataforma asociativa, para luego complementarla con la pluma periodística, y luego, ya sin tapujos, con cargos gubernamentales sumamente importantes (Vagliente 2005).

9. En algunos sectores del campo asociativo el papel rector de Buenos Aires quedó largamente demostrado, sobre todo cuando se planteaba como homología de su poderío económico. No es casual que en las asociaciones empresariales o en las profesionales o las científicas los núcleos cordobeses miraran decididamente a la capital federal para recién después decidirse a organizarse en una asociación. Lo demuestran los casos paradigmáticos del *Centro Industrial Argentino de Córdoba*, la *Sociedad Rural*, el *Instituto Geográfico Sección Córdoba*, o hasta el mismo *Colegio Médico de Córdoba*. Sin embargo, ese proceso (ya no promovidas desde “arriba” sino desde “afuera”) es simultáneo también a la conformación de estructuras políticas de alcance nacional, desde el *P.A.N* a la *U.C.R.* Incluso antes de formarse ésta, los grupos católicos de Córdoba participaron, al igual que los de otras provincias, de aquel ensayo electoral, de subordinación política, que fue la *Unión Católica* capitaneada en 1885 por José Manuel Estrada. Por lo tanto, habría que analizar con buenas bases empíricas los contextos de emergencia de asociaciones que parecen responder a iniciativas lanzadas desde Buenos Aires (como lo mostró el notable esfuerzo del

---

<sup>7</sup> Encontramos este mecanismo aún a fines de siglo, cuando ya hay mucho aprendizaje entre Estado y movimiento asociativo. Llamativamente los balances sociales no se ponen a su consideración –como sí lo tiene que hacer la Comisión del Asilo de Mendigos. Ver Archivo de Gobierno, 1899, tomo 15, fs. 156.

dirigente capitalino A. Silveyra fundando centros industriales en las capitales de provincia), pero distinguiendo lo que llamaría “el interés nacional” que las anima, de un “interés particular”, dos significados que asume el significante “Buenos Aires”.

10. Hay una frase en el texto de Sábato que quisiera discutir, ya que desliza una mirada idealizada del asociativismo decimonónico. “El asociacionismo era muy valorado por gente social y culturalmente muy diversa. Se lo concebía como un baluarte de una sociedad libre, moderna, democrática y solidaria.” Creo que para comprender procesos claves de la Argentina moderna, como la ruptura de la democracia constitucional a partir de 1930, es necesario revisar si ese asociacionismo tan vigoroso –cuando vemos las miles y miles de entidades creadas en el medio siglo anterior- fue funcional a la modernidad sociopolítica o si aquella sociedad civil, en sus prácticas sociales, no valoró acaso menos esa ligazón asociativa de lo que su masa discursiva parecía indicar. Por otra parte, ¿todo asociacionismo debe ser comprendido como un aporte a una sociedad “libre, moderna, democrática y solidaria”? Para decirlo de otra manera, las corrientes reaccionarias, conservadoras y/o autoritarias que se desplegaron *en forma simultánea* a la vertiente democrática que Sábato indica, ¿acaso no se sirvieron del asociacionismo para generar impacto en la esfera pública política? La autora, es cierto, habla de “fuentes ideológicas diversas” en ese cultivo del asociacionismo, pero quizás no logra incorporarlas en el balance crítico. Y la Córdoba denostada por tradicionalista, en el lenguaje clasificador de los partidarios de la modernidad liberal, no es, para nada, el único ejemplo que ofrece este conglomerado de experiencias territoriales vivas que llamamos la Argentina.

11. Tal vez esa visión de Sábato se apoya en su consideración de que las asociaciones más importantes fueron las de socorro mutuo, que van de la mano del impacto de la inmigración, sobre todo la italiana. Ella misma nos dice que a fines de la década de 1880 en Buenos Aires existían 45 asociaciones mutuales italianas, mientras que en Córdoba sólo había una (dos si se suma Río Cuarto). La hipótesis de una expansión concurrente del mutualismo italiano con la organización del modo de producción capitalista en la pampa gringa parece ratificada cuando vemos cómo las colonias de inmigrantes que en la franja sudeste de la provincia se van creando a ritmo acelerado en los '80, ya en los '90 registran su entidad “di mutuo socorro” (es el caso de Bell Ville, Villa María, San Francisco, Leones, por ejemplo). En cambio, si en esta etapa de 1860/1890 en Córdoba las asociaciones étnicas extranjeras se van abriendo paso monopolícamente (los españoles tienen sólo una, al igual que los franceses, los suizos, italianos...), se registra tempranamente (ya en los '70) lo que en Buenos Aires surge como una novedad recién del fin de siglo: la ayuda mutua organizada bajo el signo del catolicismo.

12. En efecto, desde las asociaciones de *josefinos* que el jesuita Carlucci organizara en 1877 (en un modelo de vinculación iglesia – obreros que anticipa al que quince años más tarde va a impulsar Grote con los *Círculos de Obreros*), pasando por la que reúne a los mismos miembros del clero, o las cada vez más importantes asociaciones de señoras y señoritas, la cúpula del Obispado cordobés y, sobre todo, esa congregación de tanto peso en la ciudad mediterránea, la Compañía de Jesús, está dispuesta a intervenir en la esfera pública política y sociocultural, con las mismas armas del liberalismo laicista. Aún cuando no se fundara nunca un partido político católico, sus intereses estarían muy bien atendidos (con victorias y derrotas, obviamente) mediante la intervención múltiple en asociaciones de todo tipo, dentro de las cuales se encuentran las propiamente políticas (en el período que estoy tomando se trata de los clubes, en el siguiente serán los partidos modernos: *UCR, Demócrata*, etc.).<sup>8</sup>

13. Un punto adicional para revisar la eficacia republicana de las asociaciones se relaciona con la baja asistencia efectiva de los socios, que parece ser algo bastante común en ambas ciudades (en realidad posiblemente común a las ciudades latinoamericanas; ver Forment 2003). Este fenómeno, que llevó a suspender asambleas generales con cierta frecuencia, generó (¿o fue generado?) un proceso de angostamiento de la representación, de escasa renovación de los dirigentes sociales, que terminó repercutiendo en crisis institucionales para nada sorprendentes, sobre todo cuando la finalidad asociativa no convocaba a masivas afiliaciones.

En este sentido, sería interesante intentar responder a una hipótesis que analizara esta baja participación de los socios y su contribución a la configuración de una cultura política que, primera posibilidad, estaría reproduciendo, por esta vía asociativa, el círculo vicioso de una práctica democrática formalmente cumplida –en el mejor de los casos- pero con exclusión social en el ascenso a puestos claves (las comisiones directivas); segunda posibilidad, se trataría de la decisión libre y democrática de los socios de no participar en ese juego, por razones que habría que puntualizar.

14. Vinculado con esto, encuentro otra característica a primera vista disímil en ambas ciudades. Según indica Sábato, en Buenos Aires la cantidad abundante de asociaciones creadas y en funcionamiento implicaba que ante una división profunda los disidentes fundaban otra organización. Pero en Córdoba, en el periodo en cuestión, eso no parece haber sido posible, porque o predominó la búsqueda del consenso o las crisis llevaban más a la parálisis o a un mínimo funcional, antes que a la escisión. Pero no faltaron casos que demostraran que la profundidad de la crisis –y la posibilidad de hacer viable una alternativa-

---

<sup>8</sup> Gardenia Vidal (1995), por ejemplo, lo ha mostrado en relación con los sectores católicos del radicalismo cordobés; recientemente Norma Pavoni (2005) lo ha ratificado en sus análisis del clientelismo. Una mirada de síntesis para el período 1850-1930 con eje en estos temas la hemos esbozado con Gardenia en una ponencia (Vagliente y Vidal 2003).

conducía a la separación definitiva y al nacimiento de una entidad rival.<sup>9</sup> Un ejemplo duradero fue la crisis que afectó a *Unione e Benevolenza*, creada en 1875, y que derivó en la creación, en 1893, de *Unione e Fratellanza*, resultado de profundas diferencias en el origen territorial de los socios italianos, su reflejo en la composición de los cargos directivos, la fortuna desigual de representantes y representados, entre otros factores (Candelaresi y Monterisi 1989). Un ejemplo menos duradero fue el del *Club Social*, creado en 1871 para ser el centro recreativo de la aristocracia provinciana, pero que terminó aglutinando dos posiciones político-culturales antagónicas en la segunda mitad de la década de 1880, y que llevó a los grupos juaristas a reconocer que no podían doblegar la férrea resistencia de los opositores católicos –que a duras penas controlaban el Club pero no los aparatos de ninguno de los tres poderes republicanos– y, por ende, a formar su propio centro: el *Club Social de Mayo*, llamado a desaparecer cuando cambiaron las condiciones políticas, pocos años después.

15. En donde la comparación no deja lugar a muchas dudas es en el papel que jugaron la comunidad de negros y mulatos, tan visible en el caso porteño e invisibilizada –o eufemizada– en el cordobés. Es cierto que el período de carnaval moviliza los componentes sociales y en el caso de la comunidad negra, la formación de las comparsas genera “intensos esfuerzos asociativos”. El análisis del carnaval cordobés demuestra que la civilización de la fiesta, el camino hacia el autocontrol de las represiones colectivas de la que nos hablara Elias, opera inhibiendo la celebración de la negritud. A fines de siglo sí encontraremos comparsas que llevan esa identificación (Viel Moreira 2002); pero aún en la prosa ultraliberal de los diarios juaristas de los ‘80, como la de *El Interior*, denostar a un periódico o a una asociación católica (o dominada por dirigentes de esa orientación ideológica opositora) haciendo uso peyorativo del sustantivo “mulato” aplicada a alguno o algunos de sus líderes –como es el caso de José Ignacio Santillán Vélez en el *Club Social*–, apenas sorprende...

16. En esta segunda mitad del siglo, la Universidad sigue cumpliendo un rol muy importante tanto en el plano del asociacionismo político como en el del sociocultural. Cuando Pilar González Bernaldo señala, al hablar de su rol entre 1820 y 1850, que “la vida cultural y la enseñanza universitaria son de difícil diferenciación”, por lo que se entiende que “las principales asociaciones culturales creadas en la época funcionen en la universidad”, en Córdoba esta afirmación todavía es plausible sostenerla hasta fin de siglo. Y es que el campo cultural, cuyos actores nativos orientados hacia el mercado artístico cordobés no logran subsistir, demostrando los límites claros de una empresa modernizadora, sigue dependiendo, al menos en lo que el campo considera altamente legítimo, de los aportes que fluyen de las asociaciones culturales y de las prácticas culturales promocionadas en la esfera pública, como las conferencias, que

---

<sup>9</sup> La idea de rivalidad entre asociaciones está relacionada sólo con el campo asociativo político o con el deportivo, pero aparece, por supuesto, en todos los subcampos.

continúan protagonizando los estudiantes o docentes del Colegio Nacional de Monserrat y de la Universidad de San Carlos, tanto por sus iniciativas colectivas institucionales, como en las menos institucionalizadas (las “veladas lírico-literarias”, por caso).

17. El subcampo de la caridad y la filantropía sigue en esta segunda mitad del siglo, al igual que en Buenos Aires, predominantemente en manos de las mujeres de las redes familiares oligárquicas. Sin embargo, una diferencia marcada es que en Córdoba la orientación de esa caridad social es religiosa; desde la *Sociedad de Beneficencia* a las diversas conferencias en que se divide la *Sociedad de San Vicente de Paul* (a su vez, éstas probablemente más autónomas del subsidio estatal que la primera), los resortes de la ayuda a los pobres, a los mendigos, a los huérfanos y a los presos de ambos sexos descansa en esas estructuras de la piedad cristiana. Dos excepciones interesantes se revelan, no obstante, a lo largo de estas décadas. Una, es la presencia casi invisible que adopta, en relación con la esfera pública, la masonería<sup>10</sup>. Siendo formalmente una entidad filantrópica, son contadas las ocasiones en que su nombre se estampa en las páginas de la prensa cordobesa (aún la no católica) para dar cuenta de ese accionar de socorro, el que, a su vez, era más frecuente al verlo (en el trabajo de fuentes primarias de Morra) como una obligación institucional interna, es decir, para acudir a beneficiar a un hermano masón. En Buenos Aires esta ocupación del espacio público por la masonería aparenta ser más visible y menos conflictiva. La segunda excepción asociativa es la que, una vez más bajo el auspicio de las administraciones del juarismo, romperá con ese monopolio de la caridad católica, cuando a mediados de la década de 1880 se cree la sociedad *Damas de la Providencia*, que se orientará hacia la atención de un instituto de niños expósitos, posteriormente conocida como la Casa Cuna.

También es importante señalar que esa presencia del catolicismo caritativo es muy fuerte en la ciudad capital y en bastiones de la colonización vieja; en cambio los aires laicistas y hasta antirreligiosos son más nítidos en las regiones de la colonización reciente, como sucede con las colonias que van poblando el arco sud y este de la provincia.

18. Un episodio que ilustra bien estas tensiones entre católicos y liberales en los campos que no son específicamente políticos (pero igual participan de ella) es el de la fundación de la *Cruz Roja Argentina* en Córdoba. Cuando en 1886 se desata la segunda epidemia de cólera de esta segunda mitad del siglo —a casi veinte años de la devastadora aparición de la primera—, los resultados son enormemente diferentes porque los niveles de organización de los poderes públicos y privados son mucho mayores. Allí asomó la Cruz Roja en Córdoba, con un protagonismo polémico de uno de los principales referentes de Juárez

---

<sup>10</sup> Quedaría por discutir aquí si esa peculiarísima asociación que fue *El Panal*, bastión del juarismo en Córdoba en la segunda mitad de la década del '80, puede ser considerada una logia informal; pero cuando hablo de invisibilidad pública me sigo refiriendo a las logias reconocidas por el Gran Oriente de Argentina.

Celman, como lo fue el masón Juan Carlos Pitt; su intento de centralizar en torno a esa entidad la respuesta estratégica frente a la crisis epidémica, derivó en un caos por el desconocimiento hacia ella de los grupos católicos que también encararon su respuesta solidaria. Finalmente fue el Estado el que reunió el poder suficiente, a través del Consejo de Higiene, para dictar todas las medidas pertinentes, logrando subordinar a unos y otros. Pero lo significativo fue que el siguiente episodio de desastre colectivo, la inundación que asoló a la ciudad de Córdoba en la navidad de 1890, en un contexto político muy diferente –marcado ahora por el naufragio del proyecto juarista, que dejó a la deriva en el escenario local a Marcos Juárez-, vuelve a fundarse la *Cruz Roja Argentina*, esta vez de la mano de los referentes del catolicismo (todos sus integrantes pertenecían a la dirigencia del principal club, la *Sociedad Juventud Católica*, que enfrentó políticamente y fue derrotada por el aparato juarista). Ninguna mención se hace en esos días del antecedente institucional; se cumple con todas las formalidades: asamblea, presencia del delegado de la Cruz Roja Argentina con asiento en Buenos Aires que inviste de legalidad al acto, acta constitutiva, elección de autoridades. Aunque es probable que la fundación de 1886 no fuera autorizada desde la capital argentina, lo llamativo es que ni siquiera para denostarla es registrada apenas cuatro años después; una clara operación de desconocimiento político.

19. Si se analizan otras dimensiones de las prácticas asociativas, como fueron las manifestaciones colectivas en espacios públicos (y en donde las procesiones, los desfiles escolares y militares, las celebraciones cívicas de argentinos y/o de extranjeros) o las sociabilidades nuevas y antiguas (el café, las carreras de caballos –que van abandonando, como el carnaval, la calle y pasan al recinto cerrado, el hipódromo-, la taba, etcétera), la política, como proceso de construcción de una identidad colectiva multiforme, aparece impregnándolo todo. Muy lejos de cerrarla a los canales específicos, la vemos dispersa en todas partes, en la medida en que la dinámica social desea que así sea –la política como práctica era entonces la expresión de un deseo colectivo consensuado<sup>11</sup>, lo que no siempre ocurrirá- y por lo tanto la cultura política registra, en todo el período que he tratado aquí, un excepcional estado de apertura al cambio, a la revisión, a la producción de síntesis. El movimiento asociativo fue corresponsable de esta construcción compleja y contradictoria de la esfera pública, pero no resultó decisivo para dotar a ésta de un sentido democrático sustentable. En parte, en el ejercicio comparativo como el que aquí he intentado desplegar, encuentro varias claves explicativas de ese resultado.

## BIBLIOGRAFÍA CITADA

---

<sup>11</sup> Lo consensuado es el deseo de construir política; no la orientación que se le impregna (ni la pretensión de hegemonía).

Alonso, Paula (2001): “El Partido Autonomista Nacional y la competencia interliguista en las provincias de Córdoba y el litoral”, *Historia Unisinos*, vol. 5, núm. 4, Sao Leopoldo, pp. 51-82.

Ansaldi, Waldo (1989): “Soñar con Rousseau y despertar con Hobbes: Una introducción al estudio de la formación del Estado nacional argentino”, en Ansaldi, Waldo y Moreno, José Luis, *Estado y Sociedad en el Pensamiento Nacional*, Cántaro, Buenos Aires, pp. 21-108.

Boixadós, M. Cristina (1997): *Crecimiento urbano en un período de expansión económica. Córdoba, 1870/1895*. tesis doctoral, Facultad de Filosofía y Humanidades, Universidad Nacional de Córdoba. Publicada posteriormente con el sello Ferreyra Editor.

Candelaresi, Ana María; Monterisi, María Teresa (1989): *La presencia italiana en la ciudad de Córdoba, 1869-1895*, Córdoba.

Di Stéfano, Roberto; Sábato, Hilda; Romero, Luis Alberto y Moreno, José Luis (2002): *De las cofradías a las organizaciones de la sociedad civil. Historia de la iniciativa asociativa en Argentina, 1776 – 1990*, GADIS, Buenos Aires.

Forment, Carlos (2003): *Democracy in Latin America, 1760-1900. Civic Selfhood and Public Life in Mexico and Peru*, vol. I, University of Chicago Press, Chicago.

González Bernardo de Quirós, Pilar (2001): *Civilidad y política en los orígenes de la Nación Argentina. Las sociabilidades en Buenos Aires, 1829-1862*, Fondo de Cultura Económica, Buenos Aires.

Halperín Donghi, Tulio (1985): *Una nación para el desierto argentino*, Centro Editor de América Latina, Buenos Aires.

Morra, Enrique (1975): *La Logia Masónica “Piedad y Unión” núm. 34 en la ciudad de Córdoba, período 1867-1885*, tesis doctoral, Universidad Nacional de Córdoba, Córdoba.

Pavoni, Norma (2005): *Partidos y clientelismo político en la Córdoba de entresiglos. 1890-1912*, Alción Editora, Córdoba (en prensa)

Vagliente, Pablo (2005): “Apuntes para una socio-historia de la sociedad civil en Córdoba, Argentina. La Sociedad Déan Funes como vía de acceso al poder en la década de 1880”, trabajo presentado al seminario de doctorado del Prof. Gerard Noiriél, Centro Franco-Argentino de Altos Estudios, Buenos Aires, marzo de 2005.

Vagliente, Pablo (2004): “La ‘explosión’ asociativa en Córdoba entre 1850 y 1880: la conformación de su esfera pública”, *Cuadernos de Historia. Serie Economía y Sociedad*, núm. 6, CIFYH-UNC, Córdoba, pp. 255-294.

Vagliente, Pablo y Vidal, Gardenia (2003) “Catolicismo y ciudadanía política: notas sobre su desarrollo en Córdoba durante el capitalismo liberal”, ponencia presentada en las *III Jornadas Religión y Sociedad*, CEILL-PIETTE, Buenos Aires.

Vidal, Gardenia (1995): *Radicalismo de Córdoba, 1912-1930. Los grupos internos: alianzas, conflictos, ideas, actores*. Dirección General de Publicaciones, Universidad Nacional de Córdoba, Córdoba.

Viel Moreira, Luiz Felipe (2002): “‘Civilización’ versus ‘Barbarie’: Las luchas en torno de una cultura lúdica en la Córdoba de fines del siglo XIX”, en Vidal, Gardenia y Vagliente, Pablo (comp.), *Por la señal*

*de la cruz. Estudios sobre Iglesia Católica y sociedad en Córdoba, s. XVII-XX*, Ferreira Editor, Córdoba, pp. 311-328.